

Empatía

Uno como niño entiende muchas cosas, y muchas veces es más fácil ver las cosas difíciles como algo sencillo, cuando para algún adulto, lo fácil raya en lo ridículo y lo difícil cae en lo imposible. Podría ser que hayas escuchado: *lo imposible solo cuesta un poco más*, de no ser así, no hay problema porque esta historia no tiene nada que ver con algo imposible.

Otro hecho de uno como niño: al menos todos los días nos repetían que no hablásemos con extraños, ya que los extraños pueden ser malos. Por otro lado, probablemente también nos enseñaron a dar los buenos días, tardes y noches, así digamos - ¡buenos días! - cuando ya pasan de las tres de la tarde, ah, pero que no digan que somos mal educados. Entonces, ¿a quién si le daríamos los buenos y a quién no por ser extraño?

Lo curioso es que uno también es extraño, ¿no? Para quienes no nos conocen resultamos extraños. De todas formas, los buenos son una formalidad, una costumbre, aunque muchas veces he escuchado decir que se está perdiendo, que los jóvenes de ahora son groseros. Que caray.

Un día, como cualquier otro dentro de la vida monótona de un estudiante, decidí cambiar mi rumbo. Solo un pequeñísimo cambio para romper con la monotonía, decidí pasar por el trabajo de mi madre en lugar de ir directo a casa. Eso significó pasar 10 min más en el camión, cruzar un estacionamiento, recorrer medio centro comercial, esquivar promotoras de perfumería, cruzar otro estacionamiento y caminar 20 minutos hasta llegar a casa. No es mucho sacrificio por la recompensa de saludar a mi madre y verla al menos cinco minutos más de lo que acostumbro en un día.

Resulta ser que, al hacer ese pequeñísimo cambio en mi rumbo, fui espectadora de una amarga y abrumadora tristeza. Una tristeza imposible de ignorar, de dejarla pasar, de olvidarla en menos de cinco minutos (y me parece que cinco minutos es mucho). Al bajar unas escaleras observé a una mujer, sola, sentada en la sombrilla que te resguarda del intenso calor, llorando desconsolada.

Ahora, pongamos las cartas sobre la mesa, unas escaleras de estacionamiento suelen ser cortas y accesibles, cuando pasé al lado de esa mujer y seguí mi camino, debieron pasar a lo mucho 10 segundos, 10 segundos en los que noté su aspecto, comprendí su sentimiento, lo ignoré, di vuelta para seguir el camino, me detuve y... y verdaderamente traté de sentir su desdicha. Una vez más, las cartas sobre la mesa, una extraña, justo detrás de mí, obviamente sufriendo, y sin ser una opción oportuna dar los buenos. Pues aun sabiendo

que rompería con la indicación que uno tras otro día me dieron mis padres, di la vuelta regresando al lugar donde estaba la mujer.

Nos miramos, nos entendimos, por un momento, ella compartió su dolor conmigo y con sus hinchados ojos de color café me dijo ayuda, estoy sola, no confío en nadie pero quisiera poder hacerlo. Me senté a su lado y le ofrecí un abrazo, fue lo único que pensé podría darle serenidad, claro, sin faltar al respeto a ella ni a su privacidad. Sin poder creerlo, lo aceptó. Fue largo pero no incómodo. Cuando terminó, me regaló unas pocas palabras temblorosas que reflejaban un verdadero alivio.

Fui en contra de mis enseñanzas, pero ayudé a una persona, tal vez no con una acción sorprendente o conmovedora para la sociedad debido al increíble desempeño ante lo imposible, simplemente, cambié mi pensamiento de adulto por la visión sencilla de un niño.